

MASCULINO FEMENINO (1929a).



Consideraciones psicoanalíticas sobre la “teoría genital” y sobre las diferencias sexuales secundarias y terciarias (1929)

Sándor Ferenczi

Estoy ahora bastante predispuesto contra un reproche que se ha extendido demasiado. Se dice que el psicoanálisis (y es una exageración indiscutible de los hechos) pretende explicarlo todo por la sexualidad. Mi intención es hablar hoy de las diferencias sexuales entre hombre y mujer; en este contexto va a ser fácil hablar también de la sexualidad, pues nadie dudará de que el aspecto exterior y las características psíquicas aferentes a la masculinidad y a la feminidad son consecuencias lejanas de la función de los órganos sexuales. Los *biologistas* lo han constatado perfectamente antes que nosotros. La experimentación animal ha demostrado de modo irrefutable que los caracteres sexuales pueden abolirse y hasta invertirse mediante la implantación o la ablación de las gónadas. Ni siquiera la influencia de elementos puramente psíquicos sobre los caracteres sexuales aporta algo nuevo a la biología. Bastará con mencionar un solo ejemplo: se sitúa bruscamente a un ratón macho que presente una degenerescencia sexual total y tras estar durante mucho tiempo en un ambiente de machos, junto a una caja que contenga ratas. El animal se transforma rápidamente, tanto en su interior como en su exterior, y lo mismo ocurre con su comportamiento en el sentido de la masculinidad, debiéndose ello exclusivamente a la influencia de la vista y al olor de las hembras (Steinbach). Puede hablarse aquí, sin exagerar, de una transformación de los caracteres sexuales bajo la influencia psíquica: sólo quienes no aceptan la idea de que los animales pueden tener cualidades psíquicas, incluso un alma, objetarían algo a esta afirmación.

Indudablemente el psicoanálisis va todavía más lejos que la biología actual. Ya he narrado, en otras circunstancias, que Freud llegó a aportar bastante luz al capítulo más oscuro de la biología, la teoría de los impulsos, gracias exclusivamente a su experiencia psicoanalítica. Sus análisis de neuróticos le permitieron reconstruir los orígenes del impulso sexual en el ser humano, establecer la existencia de una “sexualidad infantil”, de un doble punto de partida del desarrollo sexual, separado por un período de latencia, teorías que posteriormente resultaron confirmadas por la fisiología. Fue aportada la prueba anatómica de que, en la especie humana, las gónadas están proporcionalmente muy desarrolladas al término de la vida fetal y al comienzo de la vida extrauterina, que posteriormente se retrasa su crecimiento, para conocer por último en el período prepuberal un considerable aumento de volumen. Lo que llamamos pubertad no es el primero, sino más bien el segundo período de floración de la genitalidad. Del primero ni siquiera se sospechaba su existencia antes de los descubrimientos de Freud.

Este éxito, que no fue el único, me animó a dar un paso más y a sacar partido de la experiencia adquirida por el psicoanálisis y del apoyo proporcionado por la teoría de la libido, para explicar el acto de la copulación. La primera hipótesis de trabajo, que quisiera darles a conocer, sobre la que me apoyé y que utilicé para este fin, es la que llamo “*la anfimixia*” de los erotismos. Creo que lo que llamamos genitalidad es la suma de los impulsos considerados parciales y de las excitaciones de las zonas erógenas. En el niño, cualquier órgano y cualquier función orgánica están, en gran medida, al servicio de las tendencias a la satisfacción del placer. La boca, los orificios excretores, la superficie de la piel, la actividad de los ojos y de los músculos, etc., son utilizados por el niño como medios de autosatisfacción, que no reciben durante mucho tiempo ningún tipo de “organización tangible”, siendo anárquicos aún los autoerotismos. Más tarde, las tendencias al placer

se agrupan en torno a determinados núcleos; el desarrollo comienza a salir de su anarquía anterior por la organización llamada oral y sádico-anal. He intentado elaborar un estudio más profundo del período en que madura esta unificación, la genitalidad.

Estoy convencido de que es una especie de modelo orgánico de rechazo el que permite a los órganos del cuerpo ponerse progresivamente al servicio de la autoconservación; resulta de ello una mejoría considerable de las capacidades funcionales. Las tendencias libidinosas rechazadas, inicialmente flotantes, se entremezclan (de aquí el término “anfimixia”, que significa mezcla) y acaban por concentrarse en una reserva especial de placer, el aparato genital, para ser descargadas periódicamente.

La zoología, esencialmente dominada hasta ahora por una concepción *teleológica* de la especie, en cuanto a la función sexual y a las restantes funciones, y totalmente alejada de los puntos de vista de la psicología individual, no podía naturalmente llegar a esta idea a la que me han conducido mis investigaciones analíticas sobre personas determinadas, de las que he sacado el conocimiento de que la función genital es, ante todo, un proceso de descarga que funciona mediante la expulsión de productos que suscitan una tensión, o bien, empleando un vocabulario puramente psicológico, la repetición periódica de una actividad que provoca placer, actividad que no desempeña necesariamente un papel en la conservación de la especie.

Entonces se plantea la cuestión de saber por qué este tipo de actividad se repite a través de gran parte del reino animal, invariablemente, en forma de cópula. Para responder a esta cuestión, aunque sólo sea con una hipótesis, debemos ir algo más lejos.

Sin duda recordarán ustedes que he descrito el primer sueño del recién nacido como una reproducción bastante aproximada del estado de quietud previa al nacimiento. Añadía que este estado, como todo sueño posterior, podía interpretarse como una satisfacción *alucinatoria* del deseo de no haber nacido. En el niño, durante el estado de vigilia, se da la satisfacción de modo oral (mamar, chupar), y más tarde de modo sádico-anal (placer de la defecación y de la contención) que sirve de sustituto real a la sensación de beatitud intrauterina. La genitalidad es, según todas las apariencias, el retorno a esta tendencia original y la forma de saciarla, que esta vez tiene lugar simultáneamente en forma alucinatoria, simbólica, y en la realidad. En la realidad, únicamente las células germinales participan de nuevo en la beatitud de no haber nacido aún, el órgano genital, debido a su modo de actividad, sólo indica tendencias en el plano simbólico, mientras que el resto del individuo participa en esta beatitud de modo alucinatorio, como en el sueño. Considero pues el orgasmo como un estado emocional que acompaña a esta alucinación inconsciente, semejante al que ha podido sentir el recién nacido en su primer sueño o cuando ha saciado su hambre.

Mientras que hasta ahora la concepción biológica sólo veía en la función genital una tendencia al mantenimiento de la vida incluso tras la muerte del individuo, o sea la tendencia progresiva a la reproducción, yo he creído por mi parte que, al mismo tiempo, había que considerar en este fenómeno una aspiración regresiva, posiblemente más importante desde el punto de vista de la subjetividad del individuo, que intentaba la restauración de un estado de reposo anterior.

El apetito aparece cuando se come. Éste es un primer fragmento de la teoría de la genitalidad y no puedo resistir la tentación de continuar elaborándolo. Pero sé perfectamente que uno no puede acumular hipótesis tras hipótesis sin gran prudencia. Si consideran ustedes que acabo de exponerles una teoría frágil, no observen provisionalmente esta superestructura, que ha sido edificada sobre tales fundamentos, más que como un esbozo fantasmagórico. He aquí por qué desearía exponerles mi teoría filogenética (o sea la que se refiere a la historia de la evolución de la especie), bajo la forma de un cuento de hadas.

Imaginen la superficie de la tierra totalmente cubierta de agua. Toda la vida vegetal y animal se desenvuelve todavía en un medium acuoso. Pero las condiciones atmosféricas y geológicas hacen que parte del suelo marino se eleve por encima de la superficie de las aguas. Los animales y las plantas, que se hallan de repente situados en un terreno seco tienen que perecer o tienen que adaptarse a la vida terrestre y atmosférica: ante todo deben acostumbrarse a extraer del aire, y no del agua como hasta entonces, los elementos gaseosos necesarios para su supervivencia (el oxígeno y el gas carbónico). Quedémonos por un momento con los animales más desarrollados, que vivían en el agua, nuestros más lejanos antepasados en la serie de los vertebrados, los peces. Es posible, y los biólogos lo creen así, que algunas especies de peces

no fueran depositadas en terreno completamente seco, sino que pudieran sobrevivir en mares de aguas poco profundas, donde las condiciones les permitieron adaptarse a la respiración aérea, es decir sustituir las branquias que ya no les eran útiles por pulmones.

He afirmado en otra ocasión que, a mi parecer, no son únicamente las variaciones debidas al azar, o a un uso continuado las que participan en la formación de órganos nuevos o mejor adaptados, sino más bien un poderoso deseo. La necesidad de utilizar medios de locomoción para buscar el alimento condujo al desarrollo de órganos motores propios: patas y pies. Y de este modo tendríamos un pez saltando sobre el suelo y respirando por los pulmones, en otros términos: una rana.

Pero tenemos pruebas vivientes de que esta descripción no es un simple y puro cuento de hadas. El desarrollo de la rana, como si quisiera demostrarnos lo oportuno de la teoría de la evolución, se efectúa en dos etapas, rigurosamente distintas. Del huevo fecundado de la rana sale primero un renacuajo, que nada graciosamente en el agua como un pez y respira por branquias. Más tarde se forman los pulmones y el renacuajo puede vivir sobre la tierra. Se ha vuelto anfibio.

De las especulaciones que vienen a continuación yo soy el único responsable. Hay un dato muy conocido que desde hace tiempo me preocupa: en la mayoría de los animales acuáticos los procesos de fecundación se desarrollan en el agua, y no al abrigo protector del cuerpo materno. En ellos no existen copulaciones propiamente dichas, sino sólo un instrumento sexual externo: la hembra deposita sus óvulos en el agua. En la mayor parte de los casos no se produce entre el macho y la hembra ningún contacto directo. Una vez arrojado al suelo seco y convertido en anfibio, el macho desarrolla unas callosidades en el pulgar para sujetar a la hembra, y más tarde, cuando se convierte en reptil, órganos sexuales masculinos, específicos, que tienen por misión asegurar totalmente el paso de los huevos fecundados al vientre de la madre, donde podrán desarrollarse. A partir de los reptiles, todos los vertebrados terrestres poseen un desarrollo embrionario intrauterino. Los mamíferos se distinguen de sus antepasados por el hecho de que sus huevos son particularmente blandos y están llenos de agua, estallando durante la gestación y siendo alimentados los recién nacidos por la madre, de su propia savia.

Podría proseguir la exposición de esta teoría aludiendo a sus relaciones biológicas, pero voy a ser franco y a asegurarles que es la experiencia analítica la que me hace dar un paso al frente. Aunque parezca extraño ha sido *La Interpretación de los sueños* de Freud lo que ha estimulado mi investigación. En el análisis de los sueños que, según las apariencias, están en relación con el nacimiento, incluso en los sueños de mujeres embarazadas, no hallamos a menudo ninguna explicación adaptada a la imagen o a la vivencia onírica que represente *un salvamento de las aguas*, excepto la del equivalente simbólico del nacimiento. En los sueños de personas que se hallan en peligro o que sufren una neurosis de angustia, el salvamento de las aguas puede presentarse también como una liberación, como la realización de un deseo.

Si recuerdan lo que anteriormente he dicho sobre las enseñanzas recibidas de Freud en cuanto a las relaciones entre los síntomas de angustia y la primera gran angustia, es decir el nacimiento, puede ser que ustedes se inclinen a concebir el sueño típico del salvamento del ahogado como la representación simbólica de la afortunada liberación de este peligro.

Aquí es donde sitúo la interpretación psicoanalítica de los procesos vitales. He tenido la idea de que, igual que la relación sexual podría a nivel alucinatorio, simbólico, irreal, adoptar en cierto modo el sentido de la regresión, al menos en su forma de expresión durante la etapa natal y prenatal, del mismo modo el nacimiento y la existencia anteriores en el líquido amniótico podría ser un símbolo orgánico del recuerdo de esta gran catástrofe geológica y de las luchas por la adaptación que nuestros antepasados animales tuvieron que desarrollar para adaptarse a la vida terrestre y aérea. En la relación sexual se hallan, pues, esbozadas las huellas mnésicas de esta catástrofe sufrida tanto por el individuo como por la especie.

Soy consciente de que al formular esta hipótesis estoy en contradicción con las concepciones científicas en vigor hoy día. He transferido directamente conceptos psicológicos como rechazo y formación de símbolos, a procesos orgánicos. Pero creo que aún no se ha probado completamente que este salto arbitrario de lo psíquico a lo orgánico sea una pura aberración en vez de un hallazgo afortunado. Yo me inclino más bien por la última proposición y creo ver en estas ideas el camino para una nueva línea de investigación. En cualquier

caso he dado un nombre a este método investigador; lo he denominado “*Bioanálisis*”.

En el caso presente, mi concepción bioanalítica me ha permitido interpretar el sueño del salvamento de las aguas, y el sentimiento aferente de angustia y de liberación, no sólo como huella mnésica, hereditaria e inconsciente del proceso del nacimiento, sino también de esa catástrofe de sequía y de adaptación.

Ahora se plantea el tema de saber cómo han podido superar los dos sexos el trauma geológico. De nuevo el psicoanálisis me permite hallar respuesta a esta cuestión.

Para explicarme debo extenderme un poco más sobre el desarrollo de la vida amorosa entre los dos sexos.

Está fuera de duda que si desde el principio *muchachos* y *muchachas* se entregaran con la misma intensidad al disfrute del autoerotismo, y del mismo modo, con el chupeteo, a los placeres sádico-anales y a la masturbación, aparecerían pronto en las muchachas muestras de temor a luchar con los muchachos. Sabemos que el ser humano está dotado de *bisexualidad*, tanto orgánica como psíquica, que el muchacho ha heredado glándulas mamarias rudimentarias, y la muchacha un minúsculo miembro viril. Este miembro, llamado en anatomía *clítoris*, relativamente muy desarrollado al principio, se detiene en su desarrollo más adelante. El psicoanálisis de la mujer demuestra que, en ella, la zona erógena se desplaza hacia las profundidades de su cuerpo mientras que en el muchacho el *phallus*¹ crece y se constituye en zona directriz de la sexualidad. Observaciones sobre los animales muestran sin embargo que la vida amorosa propiamente dicha, incluso cada acto amoroso, está precedido por un combate entre los dos sexos que termina generalmente tras una huida pudorosa, con la capitulación ante la violencia del macho. También en el ser humano, “cortejar” comporta una fase de combate que aparece bastante mitigada en el mundo civilizado. Entre los seres humanos, el primer contacto sexual es un asalto sangriento al que la mujer se opone instintivamente, aunque por último se acomoda a él e incluso descubre placer y satisfacción.

Partidario de la “ley fundamental biogenética” de Haeckel, según la cual el proceso de desarrollo del individuo es una repetición, en pequeño, de la historia de la especie, me he representado las relaciones sexuales en el momento de la adaptación a la vida terrestre del modo siguiente: en los dos sexos despertó la tendencia a proteger las *células germinales* en el interior de un organismo que proporcionara alimento y humedad, como si fuera un sustituto a la *pérdida de la existencia en el medio acuoso*, y también el deseo nostálgico de *disfrutar*; al menos a nivel *simbólico y alucinatorio*, de la *satisfacción de las células germinales*. Por ello los dos sexos desarrollarían un órgano sexual masculino, y posiblemente se llegó a plantear un gigantesco combate cuyo resultado debía decidir el sexo al que incumbiría el sufrimiento, el deber de la maternidad, y la sumisión pasiva a la genitalidad. Fue entonces el sexo femenino el que resultó vencido, pero se resarcó de este fracaso aprendiendo a disfrutar de ser mujer y madre, a partir de sus sufrimientos y dolores. A continuación insistiré sobre la importancia de esta proeza y sobre sus consecuencias psicológicas, pero debo indicar ahora que tal proceso, si se confirma, permite no sólo explicar *la mayor complejidad fisiológica y psicológica de la mujer*; sino también el obtener de ella la revelación, al menos en sentido orgánico, de un ser *más finamente diferenciado*, es decir adaptado a condiciones más complejas. El macho que impuso su voluntad a la hembra y de este modo economizó su esfuerzo de adaptación, quedó como un ser más primitivo: la hembra, por el contrario, supo adaptarse no sólo *a las dificultades del entorno* sino también *a la brutalidad del macho*.

Pero el sexo masculino no quedó sin humillación y fue de nuevo una catástrofe geológica la que, a mi parecer al menos, impulsó un nuevo cambio. Pienso en la época más reciente, en la que grandes porciones de la superficie terrestre fueron ocupadas por los hielos y las aguas: la era glacial. Cierta número de seres vivos, empujados por esta eventualidad, intentaron una adaptación “autoplástica”, es decir elaboraron cubiertas para conservar el calor: otros, sobre todo los antecesores del hombre, o incluso el hombre primitivo, intentaron solucionar el problema mediante un desarrollo más intenso de su órgano de pensamiento, y mediante la creación de una civilización que asegurara supervivencia incluso en condiciones difíciles.

1.- En alemán *Phallus*; sería más oportuno decir “el pene”, el órgano anatómico, no siendo el phallus sino una representación del pene erguido.

Es el momento de mencionar, aunque sea sólo de modo alusivo, un gran descubrimiento al que Freud llegó, apoyándose en las hipótesis de Darwin y de Robertson Smith, y fundándose en puntos de vista psicoanalíticos. Ya he señalado la importancia de lo que se llama el complejo de Edipo, en el desarrollo de todo individuo, para la orientación de los rasgos de carácter en los sujetos sanos, y de los síntomas morbosos en quienes van hacia la neurosis. La temeraria revuelta de los hijos contra los padres para poseer a la madre y a las mujeres, terminó con un gran fracaso; ningún hijo era lo suficientemente fuerte para imponer su voluntad a toda la tribu, como lo había hecho el padre, y la mala conciencia les obligó a echar de menos la autoridad del padre y el respeto a la madre, y a restablecerlos. En la vida individual este combate se repite y tiene el mismo resultado; la pubertad de la primera infancia viene seguida de un largo periodo de latencia que, a mi parecer, puede ser también una repetición, en la vida individual, de estas luchas por la adaptación de la época glacial, y hasta de su resultado en la creación de la civilización humana,

A partir de ahora se plantea el tema de si la observación del comportamiento de los animales y de los hombres aporta también argumentos que hagan creíbles estas hipótesis aparentemente fantásticas. El psicoanálisis habla del “*carácter de modelo de la sexualidad*”. Afirma que el modo y la orientación de la sexualidad son determinantes para numerosos rasgos de la personalidad global. El ser humano que tiene una sexualidad libre se muestra también bastante intrépido en sus demás empresas; por ello la leyenda describe a Don Juan no sólo como un personaje galante que tiene éxito con las mujeres, sino también como un espadachín hábil y atrevido, que tiene sobre su conciencia mucha sangre vertida. Pero esta *agresividad, ciertamente mitigada por la humillación sufrida con ocasión del conflicto edipiano con el padre* (angustia de castración), es una característica del psiquismo masculino en general; a la mujer, sin embargo, sólo le queda como medio de combate la belleza, siendo sus principales características la bondad y el pudor. Estos rasgos de carácter psíquicos, y otros semejantes, podrían considerarse como *caracteres sexuales terciarios*, en relación con los caracteres sexuales secundarios, es decir los caracteres sexuales orgánicos. Entre estos últimos citaré en el hombre, además de la posesión de órganos sexuales agresivos, su fuerza física superior y un desarrollo relativamente más importante del cerebro. Puedo recurrir, en un plano general, a la historia de la diferenciación sexual en la vida individual para apoyar la teoría de una fase de combate.

Es posible que en el espíritu de muchos surja aquella vieja cuestión de la *superioridad o de la inferioridad de uno de los dos sexos*. Creo que un psicoanalista no puede resolver definitivamente este problema. Ya he dicho que considero al organismo femenino como más finamente diferenciado, y podría añadir: más altamente evolucionado. La mujer es, de forma innata, más sensata y mejor que el hombre; éste debe dominar su brutalidad mediante un desarrollo mayor de la inteligencia y del Super-Ego moral. La mujer tiene más finura en sus sentimientos morales y en su sensibilidad estética y mucho mejor “buen sentido”, pero el hombre ha creado, posiblemente como medida de protección contra su mayor primitivismo, las severas leyes de la lógica, la ética y la estética, a las que la mujer apenas hace caso, fiándose más de su valor íntimo. Pero creo que la adaptación orgánica de la mujer merece tanta admiración como la adaptación psicológica del hombre.

Esta descripción no excluye en absoluto los casos en que la inteligencia de la mujer supera ampliamente los alcances medios del hombre, en un terreno análogo. Sin embargo la tendencia de muchas mujeres a realizar actividades “masculinas” suele estar condicionada por una neurosis. *El complejo de virilidad* es, según recientes investigaciones de Freud, el complejo nuclear de la mayor parte de las neurosis femeninas, y la causa principal de la frigidez. A esto añadiré que indica la regresión a la fase de combate de la diferenciación sexual, tanto en la infancia como en el período de la catástrofe por desecación. Muchas mujeres neuróticas no pueden renunciar a sus síntomas hasta que no aceptan el que no han nacido hombres (deseo de pene); del mismo modo el hombre neurótico debe tratar de conseguir en el análisis la liquidación de su situación edipiana.

Ya les he hablado de mis ideas sobre la sugestión y sobre la hipnosis. Creo que el *temor y la seducción* son los dos medios para volver dócil a otra persona. Me he referido respectivamente a la hipnosis paterna y materna. El estado amoroso puede describirse como una hipnotización recíproca en el curso de la cual cada sexo muestra sus propios medios de combate, el hombre su fuerza corporal, intelectual y moral, gracias a

la cual se impone, y la mujer su belleza y sus demás ventajas, que le permiten dominar en cierto modo al llamado sexo fuerte. En el estado de conciencia, próximo al sueño, al que lleva el orgasmo, este combate se apacigua provisionalmente y tanto el hombre como la mujer gozan por un momento de la dicha que proporciona la primera infancia, cuando no existen ni luchas ni deseos.

En *edad avanzada*, las diferencias sexuales se acortan bastante. Como consecuencia manifiesta de la regresión funcional de las gónadas, la voz de la mujer se hace un poco más ronca, y a veces aparecen principios de bigote. También el hombre pierde parte de su apariencia viril y de su carácter; puede afirmarse entonces que el carácter bisexual del ser humano se manifiesta con mayor claridad, en ambos sexos, en la infancia y en la vejez.

Es natural que la mujer, para quien la maternidad significa mucho más que la paternidad para el hombre, esté menos dispuesta a la poligamia. La clasificación, que place a muchos, de las mujeres en dos tipos, un tipo maternal y otro tipo que sobre todo tiende al amor, no es otra cosa -según la experiencia del psicoanálisis- que el signo de una separación muy clara, impuesta por la cultura, entre *ternura y sensualidad*. Tal exigencia, si se aplica con excesivo rigor, *no facilita*, para el hombre, *la realización en el marco del matrimonio* de la unión normal de ambas tendencias.

Para dotar a estos pensamientos de mayor unidad debo llamar la atención sobre algunos resultados de la etnología psicoanalítica. Casi todos los pueblos primitivos tienen ciertas costumbres que no pueden explicarse de otro modo que considerándolas como vestigios de un rito de desvirilización, usado en determinada época. El último vestigio de este rito, que aún se mantiene hoy, es la circuncisión. Resulta muy verosímil que este castigo, o más bien amenaza de castigo, fuera en épocas primitivas la principal arma de los padres contra los hijos. La sumisión del hijo a la violencia punitiva del padre, y la renuncia parcial a la brutalidad sexual, son la consecuencia de lo que se llama complejo de castración. Si tienen en cuenta lo que les he dicho antes sobre el significado de órgano genital como reserva de placer, no les será difícil creer que *los complejos de virilidad y de castración jueguen un papel tan importante* en el desarrollo de los caracteres sexuales, y que el hecho de quedar fijado a cualquier estadio primario, en la resolución de estos complejos, o el retorno a tales estadios, estén a la base de todas las neurosis.

A la luz de las reflexiones que acabo de exponer brevemente, parece que el miembro viril y su función son el *símbolo orgánico* del restablecimiento, aunque sea parcial, de la unión fetal-infantil con la madre, y al mismo tiempo con lo que es su modelo geológico, es decir la existencia en un medio acuoso.

(Sándor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo IV, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.